



La calle del quebrado







Francisco Escaño

La calle del quebrado

SEPTEN EDICIONES





Donde no es el Callejón del Gato pero hay una media plaza de cartón piedra, abigarrada y ahora vacía, dos policías que parecen tener la misma cara golpean sistemáticamente a un moro que se ha caído al suelo y que trata histriónicamente de protegerse la cabeza de los golpes de las porras mediante mecánicos movimientos de brazos. Si el conjunto fuese una de esas figuras de cuerda que venden en las tiendas de souvenirs podría llevar escrito en el pedestal: POLICEMEN BEATING A MOROCCAN. TYPICAL . Al dársele cuerda, esta composición de pirámide invertida comienza a moverse poco a poco. Los brazos de los policías con sus porras van golpeando tímidamente al unísono, y el moro, como un juguete que comienza a desempolvarse, empiézase a mover sin parecer que esté tratando de protegerse. Los muñecos, de un instante a otro, alcanzan un movimiento casi frenético, en el que no concuerdan los golpes de los policías con las manos del moro protegiendo su cabeza; hasta que TAP TAP TAP TAP TAP... la cabeza del moro acaba saltando por los aires. Ahora, y concretamente, estampada contra la puerta de un coche blanco que circula despacio por la carretera. El conductor casi frena al sentir el golpetazo en la puerta; saca ahora la cabeza por la ventanilla, ve a dos policías que lo miran fijamente pero con la misma inexpresividad con la que le han arrancado la cabeza al moro, ve también una cabeza que rueda carretera abajo, y, subiendo el cristal de la ventanilla, acelera bruscamente. Los policías miran en derredor, suben a su coche, y se van con suma rapidez, como escapando también. Por ahí queda el cuerpo del moro convulsionándose violentamente.

De las callejuelas meandrosas de olor a orina, de pavimento roto y de almas en pena que dan a la Plaza de la Realeza (que así se llama este sitio, aunque no sea plaza, que más bien parece un escenario de teatro desenterrado), comienzan a aparecer toda una fauna de personajes que primero enseñan sus figuras en la sombra y que luego van ocupando entre los claroscuros de las farolas larguiruchas y torcidas sus respectivos lugares en la calle.

Un cartón en el que está mal escrita la palabra HAMBRE está siendo extendido por un hombre de ojos sin color que se sienta en el suelo haciendo ver que le falta una pierna de rodilla para abajo. Dos figuras misteriosas y volátiles que se esconden en la sombra parecen, por sus ademanes exagerados, hablar calurosamente; finalmente salen dos manos en primer plano a la luz de una farola, una rechoncha y agrietada, otra fina, larga y peluda; intercambian algo y se ven las figuras alejarse y difuminarse en direcciones opuestas. A una esquina sin putas acaba de llegar un gordo calvo de labios pintados de lila y uñas largas también lilas dispuesto con un jersey de malla negra que deja ver un asqueroso ombligo de pelambre hispida; el gordo se mueve nerviosamente, resuella, suda y mira en todas las direcciones; no ha mucho, por eso, llega un hombre enjuto y bien trajeado que anda mirando con disimulo a todas partes; el gordo, como conteniendo la respiración, lo besa en la boca y le toca la entrepierna; el hombre enjuto y bien trajeado se muestra reticente; pero aún así encuentra pegada a su cara una lengua amoratada y flácida; a poco a poco, y sin dejar de mirar con disimulo y como puede a todas partes, abre una puerta, por donde se pierden ambos personajes. De un pub de letras luminosas de las cuales sólo funcionan dos y puerta demasiado estrecha, sale un borracho de cara blanca de venillas lívidas y rutilantes que resalta como iluminada sobre su traje de hombre rana; el borracho lleva cogida con sus dos manos una enorme botella de ron; a eso que vuelve la cara hacia aquí, se lleva la botella como puede a sus labios y se la bebe de un trago, ¡GLUC!; eructa, se tambalea y cae de forma violenta, estrellándose su cara contra el adoquín y haciéndose pedazos esa luz que la caracterizaba. Un hombre apenas con cara sale de una callejuela con una soga alrededor de su cuello. Un travesti polvoriento que lleva una esperpéntica peluca plateada de pelo rizado se pasea aburrido y figurón de un lado a otro de la

calle mientras se da cuenta con amargura de que no sabe llevar ropa femenina. Dos putas viejas, pintorreadas y con mallas naranjas faltas de carne, se pegan a una esquina no muy meada, doblan sus puntia- gudas rodillas y susurran algo a un joven de cara común que pasa deliberadamente distraído; al ver que el joven no les hace caso se pierden en sus conversaciones. Un hombre de traje gastado cuya cara consiste en unas enormes gafas de montura como de hierro y de cristales telescópicos sale del pub tuerto enarbolando unas quinielas mientras grita peripatético que ya sabe los resultados; su dicción, por cierto, resulta exquisita. —La música del pub, anacrónica y cansina, ha sido por un momento la música de la calle—. Un viejo desgañitado y mugriento se enciende la mitad de un puro recogido de entre la basura y al hacerlo enseña sus dientes podridos y con gusanos mientras mira concentrado un culo ambiguo que se escapa por la puerta de un taxi; después, mira con igual descaro a todo lo que le viene de frente (en este momento cuatro personajes que parecen sacados de un juego de cartas), farfulla algo para sí mismo, se para y comienza a andar de nuevo quedando ya su silueta en la sombra, donde primero se deforma y después desaparece. Los cuatro personajes puestos entre paréntesis parecen haberse detenido en el centro de la media plaza; uno es un robusto pero desproporcionado payaso desconchado de mueca exagerada, otro es un arlequín patizambo que no sabe pintarse (su cara tiene una blancura sucia, lleva más pintura de la cuenta y además sus dedos están marcados en una de sus mejillas) y al que le queda pequeña la ropa (se pueden ver sus tobillos de pelos toscos y negros); lo otro es una pareja de enanos, él tuerto y con smoking, ella con lo que parece ser un vestido de princesa, aunque raído. Una mujer copiosa, de piel y bata roja harapientas, baja unas escaleras carcomidas y sin barandilla mientras se escucha ladrar a un perro y voces en una germanía extraña; la mujer deja la bolsa de basura en la calle, al lado de la portería, y cuando se dispone a subir, malhumorada, se acercan unas manos y comienzan a hurgar; se cierra la puerta de la portería de un golpetazo y se ve la sombra de un bulto titilante subiendo las escaleras; los ladridos del perro ya no se oyen, tampoco la germanía. Alguien que está agachado como las niñas mean, atuendado con un pantalón de cuero alopécico y un jersey casi rojo y agujereado, parece estar haciendo algo con los brazos; a su lado hay una botella de agua vacía; su pelo

es negro, grasiento, escaso y flojo (se le caen incluso unos cuantos mechones); se empieza a dar cabezazos contra la pared, y empieza también a levantarse... pero no acaba de hacerlo: está flexionando las rodillas, una y otra vez; se levanta, se da la vuelta: su cara es un tapar con una telaraña una calavera; ríe; sus grandes ojos otrora azules se cierran sin querer; se le cae un diente, y la baba; su brazo derecho palpita; hace un saludo con el izquierdo; su brazo derecho se hincha; su brazo derecho alcanza proporciones descomunales, hinchándose como un globo de carne (el rostro de una bella mujer que lleva tatuado en él se deforma convirtiéndose en una expresión horrenda); su brazo derecho estalla, salpicando la pared, y también su cara, a la que alumbraba un foco, y que parece, del susto, carne que se estira; la sangre hace más blancas su cara y su expresión; los huesos del brazo quedan desnudos; se apaga el foco y el joven empieza a respirar como quejándose. Una niña de anillados y largos cabellos rubios vestida con un traje blanco resplandeciente de primera comunión se dirige dando saltos como un globo. Una vieja con bigote, nariz aguileña, greñas andrajosas y pañuelo azul de estrellas y medias lunas atado con fuerza a una cabeza verrugosa y blanda, lanza delirantes profecías sobre el futuro mientras, sentada en una silla y a la vera de dos velas, juguetea virulentamente, y como sin darse cuenta, con un viejo tarot; de repente, delante de la vieja comienza a desfilar una ristra de vagabundos en blanco y negro que parecen sacados de una hecatombe —la vieja, al verse eclipsada, se levanta de su silla y empieza a levantar los brazos de forma muy teatral, para que la veamos—; los vagabundos van cogidos de la mano y andan sonámbulos debajo de la luz para la ocasión de las faroluchas; cuando pasa el último delante de la vieja —ésta está sentada otra vez y permanece quieta, muy quieta (antes intentó gritar pero no le salía la voz)— queda enfocado en un plano medio, y su expresión se mueve. Dos que van vestidos de soldados, idénticos, de trajes de tan blancos luminosos, de cuerpos flacos y cheposos, y de caras níveas, tumefactas y estranguladas, de ligeros tintes lívidos y de labios pintados, caminan casi arrastrando los pies y mirando con altivez todo a su alrededor. (Dos freaks repintados, uno de ellos parece una araña, posan para que los fotografíen). Un hombre muy pequeño dispuesto con parafernalia futbolística y lleno de excrementos de paloma permanece quieto tratando de imitar la enrevesada postura de la estatua de mármol que

acaban de traer y que representa a un demonio de tres cuernos en postura retorcida y expresividad extasiada y dolorosa. Un perro fangoso, de poco pelo y ojos ofídicos, cruza muy rápido la escena andando de lado. La música del pub de letras luminosas de las cuales sólo funcionan dos envuelve de nuevo la calle mientras sale a trompicones de él una silueta de muchas curvas y enorme bulto en la entrepierna; enganchado a su brazo va un chulapo de pelo aplastado y brillante, patillas mal pintadas, cara de vampiro y cuello, muñecas y manos cargados de bisutería exagerada; cuando se cierra la puerta del pub, se escuchan risas y la ronca pero ambigua voz de la ahora sinuosa sombra con bulto ya casi empinado; el chulapo levanta un brazo y un taxi muy grande, como para minusválidos, engulle a las dos figuras que había en las sombras. Un hombrecillo sin dientes vestido con un traje demasiado grande para él y que anda muy expeditivo, se para de pronto, y, cerrando los ojos, levanta los brazos y mueve con gracia su cabecita rosada y rapada, como si estuviese discutiendo con alguien; el hombrecillo arranca a andar y se vuelve a parar; queda delante de la vieja; se vuelve hacia ella, y, abriendo cándido los ojos, la mira (pero la vieja, que respira con dificultad, no lo mira a él; está quieta, muy quieta, con tres cuartos de su cuerpo y cara en las sombras); el hombrecillo vuelve a cerrar los ojos y su cara resulta la mueca goyesca de la vejez; pero zumba un trueno y el hombrecillo, espantado, abre los ojos; en ese momento un relámpago ilumina durante un segundo o menos el rostro de la vieja (sólo el rostro); su expresión entonces rezuma locura y ferocidad, y mira fijamente a los ojos del hombrecillo; sus miles de arrugas hacen sombra y le dilatan la cara, parece que la recorran diez escolopendras; el hombrecillo, profiriendo un leve grito agudo y tragando mucha saliva se aleja corriendo hacia la salida, moviendo su cabecita en un NO. (El demonio sonrío mostrando muchos dientes y su gran pene se levanta poco a poco). En una esquina que está empapada de sangre y donde hay restos de carne picoteada, un hombre, alumbrado por un farol de luz rojiza que sobresale de una de estas callejuelas, se restriega obscenamente contra el suelo; y blasfema, y jadea y escupe. En las sombras, quieta, hay ahora una figura que no baila; es un hombre al que se lo comen las ratas. Otro hombre, un hombre sin barba, de sutil carne, maquillado, de largas pestañas, de melena también larga, de finos y rojos labios sensuales, y de grandes y tristes

ojos negros, vestido con un frac azul y un chaleco amarillo algo gastado, hace arrumacos (se le mueven los ojos y las mejillas) y se arrodilla; y mira hacia la carretera y se tapa el rostro; en una mano lleva cogido un palo al que va pegado un cartel; en el cartel está escrito: *El amor del huevo que tú me das. Deja tus partes sucias alejadas de mí. Sólo tu alma quiero ya chupar.* De un minúsculo bar con churretes en la cristalera y que parece medio engullido por una callejuela sin salida, sale sonambuleando una vieja ciega de ojos pulposos y en blanco; y apresurada y automáticamente, como llamada en un momento dado, se coloca en lo que parece ser su sitio de siempre: a uno de los lados de una sexshop que hay por ahí; saca unos décimos, que se engancha con un gordo imperdible, y da un trago a una botella de coñac que le acaban de pasar. Dos estudiantes de caras pálidas, enfermizas, y de ojos hundidos, uno de calvicie prematura, otro pelirrojo y como con dientes de carne, y uniformados ambos con chaqueta y pantalón corto grises y corbata verde, pasan casi flotando a lo largo de toda la calle mirando con terror a su alrededor, como teniendo la certeza de que se han equivocado de dirección; ven que de la rodilla de un hombre sucio, de ojos vacíos y orejas carcomidas sale una sustancia viscosa de color rosáceo, y que hay un hombre al que no se le ve el rostro pero sí su sonrisa brillante y que enseña levantándose la camiseta su gordo vientre afeitado en el que hay tatuado algo que no se termina de reconocer pero que les produce tiriteos; y escuchan los piropos blasfemos que les espetan las dos putas de la esquina ya algo más meada y después una feroz maldición de voz coagulándose; los estudiantes aceleran el paso en el último tramo; sus expresiones son la O de la palabra MIEDO. Un pintor alto y calavérico que anda como temiendo que se le rompan los huesos de las rodillas despliega en el medio una pequeña silla y pone sobre un caballete un lienzo que está tapado con un trapo negro; el pintor, que va vestido como va vestido un pintor, se sienta y destapa el lienzo con sus cadavéricos dedos; se pasa la mano por la quijada y esboza una muy visual sonrisa de calavera; saca un pincel y sin dejar de mirar al cuadro, que es una tintura en negro con un gran ojo en medio, se golpea suavemente la frente de su calavera, como si ésta fuese un viejo reloj que hace tiempo dejó de funcionar; el pintor, de repente, se levanta; su cuerpo calavérico es un estilete antropomorfo; coge el pincel como si fuese un cuchillo y como si fuese un

cuchillo lo estampa contra el cuadro, haciendo ver que se lo clava; cuando ha destrozado el pincel, recoge sus cosas otra vez y se va, pensativo, y con sus ojos calavéricos brillantes y llorosos. Vale.

Por un callejón especialmente funesto, y tan oscuro y frío como el vientre de un muerto, alumbrado con linterna, ha sacado la cabeza un hombre sin brazos y sin piernas que se impulsa con sus muñones callosos sobre una tablilla de madera con ruedas; pero el hombre ha visto que por otra calle viene una muchacha muy joven que se baja continuamente la minifalda con expresión mohína, y ha girado su tablilla, escondiéndose otra vez. Así que, ahí, entre cubos de basura y gatos quebrados de maullidos ansiógenos, MIAUOUGH, MIAOUGHRR, el hombre se enfada, y tiene miedo. Los tacones de la muchacha se escuchan más cercanos y el hombre aún se esconde más, tembloroso y triste, detrás de un cubo de basura; sus ojos brillan en la oscuridad como las puntas de dos púas incandescentes. La muchacha, que no sabe andar con tacones pese a que la calle es más bien lisa, se detiene, después de pasar de largo la calle donde aquel hombre está escondido, delante de una portería que parece haber sido rota en pedazos y pegada después con un pegamento malo, y en cuyos bordes hay meadas de gatos y humores negros; ella se seca con un pañuelo, ahí delante, una lágrima que se le escapa a su pesar, y se agarra la muñeca izquierda con la mano derecha — ¿o es la izquierda? —; se siente muy fría; saca un espejito de su bolso y ante él trata de arreglarse la cara como se arregla una niña que ya se cree mujer; presiona un botón con dedo trémulo — mira a ambos lados de la calle — y alguien, a través de un ruidoso portero electrónico, le abre la puerta; ella la empuja casi sin fuerzas; el miedo se difumina dentro de su cuerpo como lo hace por la noche la niebla en un bosque. La puerta se cierra y parece ser que la muchacha se tropieza con un escalón; hace gestos y comienza a subir una escalera, moviendo sensualmente las caderas.

Un poco más allá, corriendo, se da a una calle algo más ancha, de tres o cuatro faroles de luz débil, de niebla que no deja ver el cielo y por la que revolotea algún que otro murciélago, y de manchas de vómito sobre un pavimento incómodo de pisar. Y ahí, debajo de uno de esos faroles hay un grupo de música que parece que acaba de tocar una canción: los amplificadores están terminando de chillar, y